

POETAS

Padre nuestro... por los que no leen

Por los que yacen en la ignorancia,
y a la desdicha viven sujetos;
por los que siempre, desde la infancia,
son infelices analfabetos;
por los que cruzan por esta vida
sin un buen libro que los consuele
por los que llevan el alma herida
de la injusticia que tanto duele,
y nunca hubieron en la lectura
blando refugio noble maestro...
con la mirada puesta en la altura
recemos todos un Padrenuestro.

No saben nada, lo ignoran todo;
van como ciegos, y, en su jornada,
huellan lo mismo flores que lodo;
nada aprendieron, no saben nada.
Ni la grandeza del firmamento,
ni lo infinito del mar gigante,
ni las conquistas del pensamiento
dan a sus almas ritmo pujante.
Son más que ciegos; su desventura
tiene amargores de pesadumbre...
Señor, el Libro brilla y fulgura...
¡Dales el Libro que los alumbré!

Dales la Biblia, que es lo divino;
y al padre Homero, que es sobrehumano;
y a Tomás Kempis, que es el camino
del que, doliente quiere ser sano.
Dales la gloria, panal de ciencia,
de *Las Moradas*, rosas fragantes;
darles la risa, luz y experiencia
que en el *Quijote* puso Cervantes...
Y el *Romancismo*—flor de heroísmo,
canción de gestas que en sol se baña—
para que aprendan el catecismo
de fe robusta, de amor a España...

M. R. BLANCO BELMONTE.

La Patria

¿Qué es la Patria?
¡Lo más grande!
El amor que nos inflama,
El techo que nos cobija,
La tierra que holla la planta;
El aire, la luz, el canto
Del pájaro en la enramada;
El sol que dora los trigos;
La luna que alumbra pálida,
Cabrilando sus reflejos
Sobre las tranquilas aguas,
En las que, afanosa luce
Su cabellera de plata

Que se pierde en las orillas
Entre un marco de esmeraldas;
Cuanto vemos, cuanto amamos,
Y en una sola palabra:
La Patria es, las afecciones
Que germinan en el alma.
Por la Patria dan sus hijos
La sangre, y a derramarla
Van con sublime entusiasmo
A los campos de batalla,
Campos, donde se cultiva
La gloria, que hay que ganarla.
Tal es, expresado en síntesis,
El concepto de la Patria.

Camilo VIDAL.

El comprador y el hortera

Cuentecillo forjado por deleite
parecerá sin duda la contienda
que se trabó en Madrid en una tienda
de vinagre y de aceite.

Despachaba en la calle de Torija
líquidos un muchacho madrileño,
y otro, según la traza, lugareño,
fué por aceite allí con su vasija.

—Tú, cara de lechuza
—dijo sin aprensión el forastero—,
despáchame ligero,
lléname bien la alcuza...

—Cuando sepas hablar en castellano
—le replicó el hortera—
sabrás que lo que tienes en la mano
se llama la *aceitera*.

—En toda tierra que garbanzos cría
—contestó el provincial, enardecido—
alcuza siempre ha sido,
y alcuza le nombramos en el día.

—En tierra—dijo el otro—de garbanzos,
corre por *aceitera* solamente,
y quien le ponga nombre diferente
ha nacido entre malvas y mastranzos.

El patán en sus trece se mantuvo;
le rechazaba el horterilla listo;
se incomodaron, y hubo,
por consiguiente, la de Dios es Cristo.

A las voces y apodos,
cachetina siguió larga y furiosa...
¡Todo por una cosa
que se puede llamar de entrambos modos!

*Pueril extravagancia
es, pero comunísima en el hombre,
no poner en disputa la substancia
y reñir por el nombre.*

Juan E. HARTZENBUSCH.

CUENTO

GALAFRE

SIN otra compañía animada que
la de lagartos y perdices, mila-
nos y raposos, en pleno
monte de encinas, jarales y
robles, conoció a Galafre, y hu-
bo un momento en el que creí haber en-
contrado en él el corazón sincero de un
amigo.

Confieso que al principio, y durante mu-
chos días, no me fué muy agradable la pre-
sencia de aquel individuo. Su aspecto mon-
taraz le restaba mis simpatías; pero tal fué
su asiduidad y tales las pruebas de afecto
que me prodigaba, que pronto olvidé sus
selváticas hechuras.

Galafre es callado: sabe escuchar en si-
lencio, sin objetar y sin hacer interrupcio-
nes odiosas, los largos períodos que se le
dirigen; se hace cargo en seguida de las
cuestiones más difíciles e intrincadas; ad-
mira la sabiduría de sus amigos, y agradece
profundamente las más pequeñas aten-
ciones que recibe. Sus cualidades son, por
lo tanto, las que adornar deben al amigo
ideal.

Compadeciéndome de su suerte, y por
corresponderle en algún modo, le dije
un día:

—¡Ah, buen Galafre! Tú eres un pobre
perieco. Tú eres el desheredado descen-
diente de una raza que fué señora de estos
riscos y matorrales. Cuando una selva vir-
gen inundaba la sierra, cuando aún no fue-
ra hollada por el pie del hombre, tu padre
el lobo reinaba en ella ya. Después, tus an-
tepasados ilustres diezmados y perseguidos
fueron, y tú, descendiente de mil genera-
ciones de señores, a esclavitud ominosa te
hallaste reducido, y obligado te ves, contra
toda razón y contra todo derecho, a ganar
tu pan trabajando en beneficio de los ase-
sinos de tu raza; de esos hombres que pri-
mero te arrebataron lo que era tuyo, y
con mil filosofías y políticas inventaron
leyes, del embudo, y organizaron castas
de esos hombres que, cediendo luego
a su invencible rapacidad, se apoderaron
nuevamente de lo que fué el premio al in-
cansable valor de sus abuelos y que ah-
ora explotan, tiranos, el sudor de tus ener-
gías. Bien comprendo y adivino, infeliz
Galafre, que estas injusticias sociales te
preocupan, y que consagras largas horas a
la meditación, porque tu porte es austero

y en tu cuerpo descarnado las costillas se
señalan como si un santo padre de la Te-
baida fueres... Tu figura es tan simpática e
interesante, que para hallarla par sería pre-
ciso remontar la ribera de la Historia has-
ta llegar a aquellos infantes de la Cerda,
desposeídos cual tú del trono de sus ma-
yores.

Galafre se ha enternecido el oírme, y a
tales transportes de admiración se entrega,
que claramente me indican nunca oyó un
trozón más escogido de erudición y elo-
cuencia.

Meneando el rabo, al compás de sus
idas, me dice en claros y sonoros ladi-
dos:

—¡Sí! Yo soy el infortunado Galafre, ese
infeliz perieco desposeído tan injustamen-
te, más injustamente aún, que aquellos in-
fantas de la Cerda que encontraste tumba-
dos en la ribera de la Historia. Tus pala-
bras me conmueven. Bálsamo inefable son
que mi corazón consuela. Ellas me indican
que desaparecieron ya los obstáculos tra-
dicionales que separaban tu raza de la mía.
Y ese pedazo de pan que a Galafre ense-
ñas y que Galafre te agradece, Galafre sa-
brá comerlo con dignidad, como corres-
ponde a lo que no es graciosa donación,
sino resarcimiento debido y justo.

Y desde aquél día, dando yo pan y ha-
ciendo discursos, y él escuchando, callan-
do y comiendo, Galafre y yo vinimos a ser
los dos mejores y más inseparables cama-
radas.

Pero esta amistad, tan firme, llegó a que-
brarse.

No hace muchas tardes, poco antes de
la puesta del sol, sentado sobre una can-
cha, al borde del arroyo, distraía mis ocios
haciendo filosofía acerca del fin que cum-
plen en este mundo los renacuajos y de
los medios con que cuentan para realizar-
lo, cuando acertó a pasar por allí Galafre.

En pie de marcha, con la lengua fuera y
a medio trote, cruza mirándome de reojo.
Indudablemente lleva prisa y hasta quiere
parecerme que se hace el distraído; pero
atribuyo su aparente frialdad a la preocu-
pación que pueda causarle algún grave
problema cuya solución traiga entre ma-
nos, y me dispongo a acompañarle. Y, jun-
tos los dos, llegamos a su majada.

Con un buen trancazo aplicado de tra-
vés en pleno lomo, le recibe el mayoral,
hombre tosco y grosero, que continúa des-
atándose en improperios contra la haraga-
nería de Galafre, mientras éste escapa, ra-
bo entre piernas, dando al cielo sus que-